

Aproximación desapasionada a Laureano Gómez

Escribe: PEDRO ACOSTA

Al leer la extensa compilación de artículos y discursos de Laureano Gómez en sus **Obras Selectas** publicadas por la Cámara de Representantes, vuelve a plantearse una vieja inquietud. ¿El escritor político —o el político escritor que muchas veces no es lo mismo—, está condenado a una fugacidad que amontone el olvido sobre sus páginas? Sería indudable si se acepta ese destino, que se supone consustancial a su oficio, de moldear como ninguno el barro de una actualidad tanto más transitoria por lo fragorosa, a no ser porque aquellos testimonios lo singularizan al marcar sus huellas entre las complejidades de la creación social. Con lo paradójico que puedan parecer, ese sello demasiado individual sobre un limitado tiempo pasado —que significa esa fugacidad—, y su despersonalización por la capacidad de sus escritos acumulados para vincularse por acción o reacción con la época que le precede, se convierten en la oportunidad única para volverse perdurables. Lejos de importar que la suya sea una tarea primordial sobre lo cotidiano, es evidente que las calidades para su trascendencia radican en su capacidad de proyectar lo efímero hacia la vigencia de unas concepciones universales, aun sin importar que alcance a concretarlas o no. El éxito o la adversidad para sus propósitos nada importan para estos efectos, pues la palabra es un medio para el escritor político, a diferencia de la literatura que la erige como su finalidad última, total. Su esencia misma.

Quizá esto, más que la condena a moldear el barro de una actualidad siempre en entredicho, lleva a negarle su condición para asimilarlo a la de periodista, con una insistencia que tiene cierto toque pueril de celos y vanidad herida, explicables en un

“país de literatos” pero que reserva sus admiraciones mayores para los escritores políticos. Con contadas excepciones ha sido y es así. Si bien a Guillermo Valencia se le admiró desde la aparición de **Ritos**, solo logró desbordar esa admiración casi al delirio al recitar “Anarkos” en plaza pública en su condición de candidato presidencial. Miguel Antonio Caro personifica la Constitución del 86 con una magnitud tal que deja en las penumbras su obra humanística, su poesía, lo mismo que Rafael Núñez cuyos versos derivan a simples pistas sobre lo intrincado de su personalidad. A Marco Fidel Suárez se le asocia instantáneamente con los **Sueños**, esto es con su defensa como estadista, y valdría preguntarse si no habrá sido efímero de no haberse resignado a esa mezcla de literato y hombre de partido y de gobierno. Algunas excepciones, José Asunción Silva y Julio Flórez en antípodas de la lírica y con una calidad disímil pero al igual abrazados al alma popular, Rafael Pombo, León de Greiff... Por lo general otros nombres recordados lo son porque tienen también algún significado político, como va siendo en cierto grado una de las connotaciones de García Márquez. Las armas y las letras, dualidad inescapable incluso para quienes pretenden negarla al evadirse entre artificiosas torres de marfil. Al fin y al cabo nunca ha sido posible separar la creación artística y la social.

Y aún más ineludible para el político que se vale del culto a la palabra. Como medio. Exigente, con sus supremos y permanentes emplazamientos irrevocables ante lo que quiere y debe expresar, ante el por qué y el para qué incesantes sobre sus compromisos. Un ilimitado universo introspectivo puede ser el de la literatura, pero el del escritor político forzosamente tiene que extrovertirse. Su utopía está llamada a volverse tangible a cada paso, casi con cada renglón, aún en lo más mínimo y en lo aparentemente anecdótico, o entre el clímax de una ruda escaramuza, en fin en medio de todo aquello que pudiera parecer circunstancial o estruendosamente pasajero. Sin pausa, afronta el reto de la palabra como instrumento, y por lo tanto eficaz. Ante todo para suscitar identificaciones demasiado palpables entre las realidades y urgencias de cada día y el ideal que propone. En síntesis, esa eficacia de la palabra que culmina en la despersonalización cuando aquellas identificaciones se vuelven tan obvias que el lector se ufana a solas: Es lo mismo que he dicho. De allí en adelante tan íntima aproximación reviste a la palabra de una capacidad de acción y reacción suficiente para

trascender su tiempo. Eficaz y viva para mantener e impulsar el mito a través de la cruda realidad cotidiana...

Ese culto a la palabra certera —exigente y emplazatorio a cada paso—, que la inmuniza de la condena aparente a la fugacidad y el olvido, no es corriente en Colombia, “país de literatos” pese a que haya reservado sus admiraciones mayores por los escritores políticos. De una copiosa avalancha de papel solo quedan algunos hitos en los cuales se reconoce lógicamente a los actores decisorios, y más en el ya largo trecho que lleva recorrido este siglo. Pueden proliferar en él los escritores políticos. Pero, ¿de cuántos de ellos podrá asegurarse alguna permanencia? Quizá de solo unos contados, y entre ellos Laureano Gómez, aunque su sola mención evoque de inmediato al orador, y, desde luego, su paso controvertido por la historia reciente entre estremecimientos de centellas y marcado con un ardor dogmático entre ceja y ceja.

De ello surgen otros interrogantes que sirven asimismo de claves. ¿Cómo han de perdurar esas páginas tuyas de intranigente y maniqueo y por lo tanto saturadas de dogmatismo, si chocaban con los aires contrarios de su época? ¿Escritor u orador, según la concepción usual entre nosotros del tribuno que se solaza en la elocuencia? Indudablemente, el suyo fue un tránsito borrascoso predestinado a la polémica a lo largo de varias décadas que siguen reflejándose en nuestros días para bien o para mal. Trasciende así como escritor y orador de resonancias casi marciales —sí, jupiterinas—, para quien será improbable un juicio sin pasión de la posteridad. ¿Cómo, pues, verlo esencialmente como escritor si su fama grande cobró eco desde la agitación del parlamento y la tribuna? Se explica también porque en esto escogió la palabra eficaz, rotunda, sin esguinces, como si fueran arietes. No fue nunca el tribuno al estilo, por ejemplo, de su contemporáneo y antagonista Enrique Olaya Herrera, pues despreció aquel sentido atribuido tradicionalmente a la oratoria de artificiosa grandilocuencia. Al contrario. Es lo que importa para este caso, y mucho más en sus escritos con esa palabra eficaz, hasta el punto de aparecer siempre en “ademán que recuerda más bien al león acorralado que al rampante”, y según lo anota Ramiro Carranza en la Nota Preliminar de sus **Obras Selectas**.

Con la lejanía de medio siglo y de varias décadas, desde sus primeras páginas hasta las de su plenitud, aparece inque-

brantable ese culto preciso a la palabra como medio del escritor político, y no como fin, con la suma de sus exigencias y emplazamientos. Muchos contemporáneos suyos se valieron asimismo de ese culto a la palabra aunque es imposible cualquier similitud sobre la forma en que lo ejercieron. No tanto por las tantas diferencias ideológicas que los enfrentaban, con su lógico reflejo en el estilo, sino por la contraposición de talentos. Perteneció a la generación del Centenario, pero al igual que Alfonso López —he aquí dos vidas paralelas— fue el anti-Centenario por excelencia. La antípoda a la vocación convivente centenarista, a la conciliación a ultranza, que dejó en otros escritores políticos de esa generación huellas de ductilidad y los marcó con una inclinación al tono menor, apenas sugerente, abierto a varias opciones y con algo de afrancesamiento en el juego de los matices. Fue así un estilo insular el suyo, inclusive ante muchos de sus seguidores a quienes rozaban esas características típicas de su generación, nunca en el mismo grado que a sus adversarios, pero inclinados en todo caso a esos artificios que descartaba de antemano. Por el contrario prefirió la palabra irrevocable desde su primer momento.

Laureano Gómez se inicia como escritor político en 1909 al derrumbarse el “Quinquenio” con la renuncia que Rafael Reyes firma en la escalerilla de un trasatlántico que ya levaba anclas. Además de la agitación política que deja su alejamiento definitivo del poder absoluto y la aparición de unas libertades formales largamente contenidas, comienza a insinuarse el ascenso de influencias literarias que debían chocar con el ambiente monacal de una Bogotá mediterránea, retraída por añadidura a causa del estupor desgarrado que era la penitencia por la pérdida de Panamá. Apenas diez años atrás, en el tránsito al nuevo siglo entre las incertidumbres ferales de la guerra de los Mil Días, Valencia acaba de consagrarse con **Ritos**. En el parnaso traducido al modernismo latinoamericano, lo cual equivale a un intento de revolución si se le confronta con el clasicismo y lo humanístico que dominan con la trilogía viva de Caro, Cuervo y Suárez que parece un olimpo. Andrés Holguín señala cómo al centrar su atención en el idioma hunde sus raíces en la tradición hispánica y, más atrás, en la latina.

Como escritor político, Laureano Gómez se inclinará por ella en lo cual podría adivinarse igualmente algún reflejo de la lucha empecinada de la derecha francesa contra la III República. Allí está Charles Maurras, fundador de *L’Action Francaise*,

quien exige el regreso a una tradición nacionalista rompiendo lanzas con lo que repudia como “desórdenes románticos”. Y ello será patente en las páginas de Laureano Gómez para quien todo aquel sacudimiento, que descalifica como de oropel con su cortejo de exotismo, es trivial, superfluo, ante lo esencial de la palabra eficaz por lo escueta. No es aventurado hallar aquí otra clave para el tenaz antagonismo suyo con el Centenario, inclinado culturalmente al afrancesamiento.

Es su línea nutricia que equivale, por otra parte, a una segunda constante. Su actitud a la ofensiva —pluma en ristre como gustaban decir sus contemporáneos—, implacable pues se valía de una prosa descarnada. Incisiva. ¿Acaso Caro no había sido también maestro por lo cáustico? Pero salta una diferencia que lo aproxima a Maurras, esa otra influencia confesada. Los escritos de Caro, sus sonetos mordaces sobre la política y sus personajes, inclusive su anecdotario, parecen depuraciones de laboratorio, mientras que la prosa de Laureano Gómez está destinada a la plaza pública y allí se conforma y realiza como la extroversión espontánea del universo individual que es una de las exigencias para el escritor político. Un universo que gravita alrededor de esa tradición y se aferra a ella, prevenido ante lo que creía que podía amenazarla aunque fuesen los aires incontenibles de renovación que sacudían la tierra hasta hacerla temblar bajo sus pies. Así, ¿podrán perdurar sus páginas si iban contra los vientos que corrían en su época? ¿No se resentirán de cierto anacronismo?

Como un testimonio de esa actitud singular en que encarnó una de las fuerzas que luchaban en nuestra sociedad, seguramente serán recordadas. Pero ante todo por sus cualidades intrínsecas al escritor político. La palabra escueta y sin embargo de una capacidad de sugerencia que conserva toda la frescura más de medio siglo después, como en el retrato que trazó del gamonalismo y el cacique de aldea durante su lucha con Suárez. Ahora, cuando las comunicaciones de masas a través de la imagen activa han establecido esa otra categoría del lenguaje visual, son páginas que podrían asimilarse a ella, como un guión. Nada les sobra ni falta para infundir vida a esas escenas como si hubiesen pasado por el ojo diestro de un creador cinematográfico. Nos ofrece una riqueza en plasticidad suficiente para dejar en libertad al lector de llegar a sus propias conclusiones que son, exactamente, las únicas que se propone el autor. Tampoco

aquí, como en sus discursos, precedían esos exordios que se calificaban indispensables, sino que va directamente a lo esencial, como un flechazo con tino firme. Algo similar podría afirmarse de los escritos con que anunció las dos clausuras de su primer periódico "La Unidad", por sus denuncias contra el Sindicato de Muzo que especulaba con esmeraldas y por sus posteriores campañas combatiendo la elección presidencial de Suárez. La intervención del Primado Mgr. Bernardo Herrera Restrepo a favor de los acusados, que era la presión máxima en un juego de sugerencias y amenazas veladas y conminaciones después francas, las recrea con una secuencia de diálogos cortados y situaciones pormenorizadas que le servían de premisa al rechazo a tales exigencias. No se somete a la jerarquía suprema. "Muzo nos ha tapado la boca", parece resonar su grito en ese ambiente al que era común la docilidad. Opta por la suspensión inicial de "La Unidad" pero ello no significó que escogiera el silencio.

Convengamos en que el estilo es el hombre, y apelemos a tan manido lugar común para situar esta figura, su trayectoria y sus escritos y discursos, en una escena tempestuosa a la cual se precipita como una centella para permanecer allí hasta su muerte, obstinado, sin conceder un milímetro a sus contrarios. En consecuencia se apropiará siempre el centro de una controversia virulenta que acompaña su memoria al punto que será difícil separar la pasión, favorable o adversa, de cualquiera que sea el veredicto que le merezca a la historia. Pero, ¿de ser posible este deslinde que lo despoje de consideraciones distintas a las que pudiera haberse hecho acreedor como escritor político, cuál sería el balance? No cabe duda. Encarnará al contradictor intransigente —fiscal de la nación lo llamaron sus partidarios—, con los reflejos de esta condición en sus recursos como escritor. Ello lo singulariza a lo largo de un intenso período del siglo actual.

Otro anti-Centenarista irreductible fue Alfonso López, su aliado de varias década y con el cual partirá después el campo de la lucha política, y quien mantendrá un inconformismo paralelo ante el Centenario y lo centenarista, pero siendo diametralmente distintos. La prosa de Alfonso López es igualmente nítida pero la logra abriendo una gama de sugerencias destinadas a inquietar con la sorpresa de situaciones o ideas. Por el contrario, Laureano Gómez sienta unas premisas inalterables, y las

suyas con ideas conocidas de antemano y tradicionales, y por lo mismo sin la movilidad que le da su sello a los escritos de Alfonso López. A éste se le consideró un pragmático, no lector del Kempis sino analista del presupuesto y las cifras sobre el desarrollo de la nación, y sin embargo un aliento de concepciones universales da lucidez y frescura a sus páginas. Laureano Gómez se ratifica a cada instante. Alfonso López concita a la discusión para que nada escape a un entredicho sin pausas. No en vano se confirman hoy como las figuras claves de este siglo, pues en ellos se personifican las fuerzas antagónicas. Figuras decisorias que alcanzan por tanto la supremacía en el culto a la palabra eficaz.

Quienes los suceden preferirán el recurso retórico que fue el gran proscrito de las prosas de aquellas personalidades claves. En la derecha se puso de moda un estilo jactancioso, de reto y magnificación del martirologio, quizá por los destellos de Mussolini, de los arrestos histriónicos de Gabriel D'Annunzio en su isla de Fiume, y naturalmente de los caudillos falangistas o de los fanáticos de L'Action Francaise, pero conservando al trasfondo fidelidad a la tradición del clasicismo colombiano y sus raíces latinas. En la izquierda, los lemas leninistas y las proclamas y relatos de la Revolución Mexicana, los programas de la reforma universitaria de Córdoba y Víctor Raúl Haya de la Torre, se pusieron al orden del día pero manteniendo al trasfondo el apego al afrancesamiento. Unos pudieron ser menos grandilocuentes que los otros o más teatrales y efectistas, pero unos y otros nunca lograron librarse de su condición de satélites de aquellos polos estelares. No deja de ser paradójico que estos dos anti-Centenaristas por excelencia sean quienes encarnarán al "Centenario".

¿Laureano Gómez escritor político o político escritor? No vale la pena esa distinción que tendría cierto toque de vanidad herida de literatos, ni la discusión bizantina que provocaría esta trampa montada por los juegos infinitos de la palabra, y más tratándose de quien se valió del culto a su eficacia. Aun en los momentos en que parecía refugiarse en otros campos como la historia y la gramática —e inclusive la literatura como literatura—, pero que solo le significaban realizar esa vocación suya de contradictor intransigente que le impuso abjurar de la retórica. Para buscar en cambio la difícil simplicidad de la palabra escueta y certera.